

En Oviedo, con Alarcos y otros (1975-1991)

JOSÉ LUIS MORALEJO
CATEDRÁTICO EMÉRITO DE LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

Recibido: 06/06/2023

Aceptado: 05/09/2023

RESUMEN:

El autor recoge sus recuerdos de los años pasados en la Universidad de Oviedo, entre 1975 y 1991, como catedrático de "Lengua y Literatura Latinas": su estrecha amistad con el profesor Alarcos, su relación más o menos cercana con el resto del claustro docente de la Facultad de Filosofía y Letras, y algunos hechos protagonistas de la vida académica y social de la Facultad. Relata así la creación de una Sección de Filología Clásica, la incorporación como Profesores Titulares de los catedráticos de Instituto que impartían docencia en la Universidad, la reivindicación del bable como lengua propia de la Comunidad Autónoma del Principado de Asturias, como "llingua asturiana", iniciativa a la que Alarcos, pionero en el estudio de los bables, se negó, y la propuesta de crear una licenciatura de "Filoloxía Asturiana".

PALABRAS CLAVE: Alarcos, Bable, Filoloxía asturiana.

In Oviedo, with Alarcos and others (1975-1991)

ABSTRACT:

The author recounts his memories of the years he spent at the University of Oviedo, between 1975 and 1991, as Professor of "Latin Language and Literature": his close friendship with Professor Alarcos, his more or less close relationship with the rest of

the teaching staff of the Faculty of Philosophy and Letters, and some of the main events in the academic and social life of the Faculty. He recounts the creation of a Classical Philology Section, the incorporation of the high school professors who taught at the University as full professors, the demand for Bable as the language of the Autonomous Community of the Principality of Asturias, as "llingua asturiana", an initiative that Alarcos, a pioneer in the study of Bable, refused to accept, and the proposal to create a degree in "Asturian Philology".

KEYWORDS: *Alarcos, Asturian Language, Asturian Philology.*

Yo aterricé en Oviedo el 1 de octubre de 1975, para hacerme cargo de mi recién obtenida cátedra de "Lengua y Literatura Latinas" de la entonces Facultad de Filosofía y Letras de su ilustre Universidad. Eran días críticos en la política española: el 27 de setiembre habían sido fusilados cinco presuntos terroristas, dos de ETA y tres del FRAP (grupo fundado en Nueva York por el social-comunista Julio Álvarez del Vayo, en un apartamento gentilmente cedido por el dramaturgo Arthur Miller, luego tan celebrado por las fuerzas vivas de *Vetusta*, a la par que Woody Allen). Además, el propio primero de octubre se estrenó un nuevo grupo terrorista, el GRAPO, que ese día asesinó en Madrid a cinco policías nacionales; y ese mismo día se produjo la última gran manifestación de adhesión a Franco, que en ella cogió el resfriado que acabaría llevándose al Valle de los Caídos.

Yo procedía de una facultad no poco politizada, la de la Universidad de Madrid (luego Complutense), pero desde la primera junta me percaté que la de Oviedo no le iba a la zaga a ese respecto: nuestro recordado filósofo marxista Gustavo Bueno -paradójicamente presidente de la "Asociación de Filósofos Jóvenes" y del que llegué a ser buen amigo frente al *enemigo común* del *bablismo*, del que luego hablaremos-, ejercía con entusiasmo sus turnos de palabra e invadía los ajenos, a veces humillando a sus contradictores. Por lo que a mí respecta, remedié ese problema con una seria advertencia: "Bueno, no me interrumpas cuando esté hablando y verás que yo haré lo mismo contigo". Asunto arreglado.

En cuanto a Alarcos, me recibió con el mayor afecto, sin duda recordando que nuestra amistad se remontaba a los tiempos estudiantiles de nuestros respectivos padres en la Salamanca de Unamuno. En las Juntas de Facultad no intervenía mucho, quizá porque por su liberal escepticismo se abstenía de comentar las peroratas de quienes, como Bueno, tenían la solución para los problemas de la Universidad, de España y del universo Mundo. En todo caso, se convirtió, pese a la diferencia de edad, en mi máximo confidente en aquella Facultad. Siempre nos mantuvimos el tratamiento de Vd., lo que no fue obstáculo para la honda confianza que entre nosotros mantuvimos, sino un homenaje a la vieja cortesía académica, entonces en proceso de liquidación. Yo no sólo le consultaba sobre cuestiones de la Facultad, sino sobre asuntos lingüísticos, en los que él tanto tenía que enseñar. Y recuerdo que en cierta ocasión me dijo que las aparentes discordancias en el análisis de los fenómenos de la lengua eran en realidad diferentes maneras de observar y describir las mismas cosas.

Y paso ya al recuerdo de los colegas que por entonces me topé en Oviedo, bastantes de ellos ya desaparecidos, por desgracia. Entre los catedráticos citaré en primer lugar a Álvaro Galmés de Fuentes, serio, impetuoso y con un cierto aire aristocrático, tal vez debido a su cercano parentesco con don Ramón Menéndez Pidal, su tío abuelo. Con mi amigo Alarcos no se llevaba bien, pero mi relación con él fue amistosa. Estaba también entre los *seniores* José Caso, en un tiempo rector de la universidad y hombre no menos impetuoso que Galmés, que dirigía su Centro de Estudios del Siglo XVIII. Recordaré luego a José M^a Martínez Cachero, gran estudioso y hombre amable y apacible, muy paciente ante las invectivas de Gustavo Bueno. Al frente de la Filología Inglesa estaba Patricia Shaw, siempre sonriente y cordial, querida por todos, tanto colegas como alumnos. En Filología Francesa estaba su marido, Millán Urdiales, hombre silencioso, ajeno a las polémicas y amigo de todos. Más tarde, también obtuvo cátedra de Francés Marita Aragón, luego decana. Además, estaba Carmen Bobes, de

Crítica literaria, mujer muy conservadora pero que no se metía en líos. Estos, creo recordar, eran los catedráticos de las diversas filologías que en Oviedo me encontré. Ahora bien, la Facultad era todavía de “Filosofía y Letras”, por lo que entre mis colegas estaban también los de las materias que más adelante formarían la de “Geografía e Historia”. Geógrafo era precisamente el primer decano que allí me encontré, Francisco Quirós, muerto pocos años después prematuramente. Dirigía un departamento nutrido y muy activo. Quirós, aunque académicamente correcto, me dio pronto la impresión de que se movía en el ámbito del Partido Comunista, lo que no contribuyó a llevar a más nuestras relaciones, que se quedaron en simplemente amistosas; no era un carácter abierto, sino más bien cerrado y como un tanto desconfiado. Yo disentí de él cuando, como decano que era, se negó a abrir una investigación sobre cómo habían aparecido en un *póster* vejatorio las fotos de unos cuantos alumnos que habían asistido a las clases del catedrático de Historia Contemporánea José Andrés Gallego, al que la izquierda de la Facultad había puesto la proa por el hecho de haberle ganado la cátedra a David Ruiz, el prohombre comunista de la Facultad (sin razón alguna, pues el mismo tribunal había hecho catedrático al marxista Josep Fontana). Continuando con los historiadores, estaba el medievalista Eloy Benito Ruano, el siguiente decano, hombre prudente, fino y diplomático. La Historia Antigua la impartía Julio Mangas, buena persona, aunque bastante condicionado por el entorno izquierdista. La cátedra de Historia del Arte la desempeñaba Carlos Cid, hombre tranquilo y nada polémico. Más tarde se incorporó al claustro Antonino Rodríguez Colmenero, de Arqueología, un gallego de pura cepa que excavaba el campamento romano de Baños de Bande.

Hasta ahí, salvo error u omisión, los catedráticos que yo me encontré en Oviedo. Pronto llegó a serlo mi querido condiscípulo en Salamanca Manuel García Teijeiro, de Filología Griega, gijonés, pero al ascender hubo de marchar a la Universidad de Valladolid, donde prefirió desarrollar el resto de su fructífera carrera. Algo después le sustituyó como catedrático de Filología

Griega Luis F. Guillén, al que su empeño en vivir a caballo entre Madrid y Oviedo le impidió lograr el deseable arraigo entre nosotros.

En la Facultad también contaban no poco los profesores Adjuntos (luego Titulares), varios de ellos promovidos más tarde a catedráticos, así como los llamados PNNs. De entre los adjuntos cumple recordar ante todo a *la peña del Cundo*, que a primera hora de la tarde se jugaba los cafés al dominó en la humilde taberna de ese nombre, justo al lado de la Facultad, entonces en la Plaza de Feijoo. De ella formaban parte Cristóbal Rodríguez Alonso, de Griego, prematuramente muerto; el amable Antonio Vespertino y José Ramón Fernández, ambos de Filología Románica y discípulos de Galmés. Creo recordar que con ellos también se jugaba el café Ubaldo Martínez, de Historia Moderna. Adjuntos distinguidos eran también el ya mentado David Ruiz, de Historia Contemporánea, muy en la línea de Tuñón de Lara, e Ignacio Ruiz de la Peña y Javier García Conde, de Historia Medieval. Con ambos mantuve una buena amistad. Ignacio murió prematuramente cuando tanto aún cabía esperar de él, y Javier, *alma buena* donde las hubiera, en 1983 bautizó a mis mellizos Juan y Javier en la castiza parroquia de San Juan. Vidal Peña, también prematuramente perdido, era Adjunto de Filosofía, mucho menos radical que su maestro Bueno. También nos honraba de vez en cuando con su compañía el pintoresco Jesús Evaristo Casariego, el hidalgo carlista de Tineo, ex-combatiente, cazador y eventual marino de pesca, y erudito en todos asuntos asturianos.

Había luego el variado grupo de PNNs Ayudantes, Asociados y otros. En mi Departamento estaba, entre otros, Martín Sevilla, de Indoeuropeo, que traía de Salamanca el magisterio de Luis Michelena, y que luego se nos murió prematuramente. Contábamos además con varios catedráticos de Instituto: el veterano Francisco Diego Santos, notable editor de la epigrafía romana de Asturias; la buenísima Engracia Domingo, discípula de Ruipérez en Salamanca; Perfecto Rodríguez, estudioso de Séneca, y Manuela García Valdés, compañera mía en Madrid y notable he-

nista, que andando el tiempo conseguiría su cátedra en Oviedo.

Precisamente a cuento de esos catedráticos de Instituto hube yo de enfrentar un arduo problema del que luego hablaré. Pero antes debo recordar el *embolado* que para mí supuso la situación administrativa de nuestra Sección de Filología Clásica, de la que en junio de 1980 iba a salir la primera promoción de licenciados. La Sección era una vieja aspiración de nuestro Departamento que ya había elevado a la superioridad mi condiscípulo y por poco tiempo colega Manuel García Teijeiro. En 1977, recién casado, yo había obtenido una beca de investigación de la Alexander von Humboldt-Stiftung para trabajar en Múnich, en el Instituto de Filología Latina Medieval, a la sombra del sabio y bondadoso Prof. Franz Brunhölz, sucesor en su cátedra de los grandes Paul Lehmann y Bernhardt Bischoff. Mi beca, en principio, se extendía a dos cursos académicos; pero cerca del término del primero, a mediados de 1978, el rector de Oviedo, T. López Cuesta, con más optimismo que prudencia, me comunicó que nuestra Sección de Clásicas estaba aprobada para empezar a funcionar en el octubre siguiente. En consecuencia, renuncié al segundo curso de mi beca y me volví a Oviedo dispuesto a poner en marcha la nueva especialidad. Teníamos matriculados a nueve alumnos que resultaron excelentes. Pero poco antes de que les tocara licenciarse, en junio de 1980, me enteré -no recuerdo por qué vía- de que en el Ministerio de Educación no había la menor constancia de que nuestra Facultad hubiera una Sección de Clásicas; es decir, que el aviso del rector de que estaba aprobada era un mero *flatus uocis*, y que los títulos que podríamos dar a aquellos primeros alumnos no tendrían más valor que el del papel en que se imprimieran. Al ver que a nuestro rector todo aquello le parecía un incidente sin importancia, me marché a Madrid -y a mi propia costa- para ver de remediar el desaguizado. En el Ministerio hube de *hacer pasillo*, recordando a los buenos alcaldes de antaño que iban a pedir una escuela para su pueblo. Al fin, tras complejas negociaciones, logré que nuestra Sección de Clásicas constara como legítimamente erigida desde sus inicios de hecho; y así, uno de

nuestros alumnos distinguidos, Santiago Recio, ya había ganado en setiembre su cátedra de Instituto, sin necesidad de esos *masters de chichinabo* que más adelante los pedagogos ministeriales impondrían para el acceso a la Enseñanza Media, creo que para prestigiar su mediocre gremio y, de paso, sacarle unas pesetas a unos graduados, algunos de los cuales, por sus Matrículas de Honor, apenas habían tenido que pagar tasas universitarias. ¡El mundo al revés!

El siguiente asunto de importancia que hube de afrontar como Director de Departamento fue el ya aludido de los catedráticos de Instituto que venían prestando servicios en él. El Ministerio, en su línea de liquidar, igualando por abajo, aquel benemérito cuerpo sin mayor escándalo, había dictado una resolución, en sí misma justa, por la cual los catedráticos del mismo que estuvieran sirviendo también en la Universidad, a propuesta de los correspondientes Departamentos, podían ser incorporados a su claustro docente como Profesores Titulares, sin ocupar plazas propias de ese cuerpo. Yo entendía que esos profesores tenían justo derecho a acogerse a ese beneficio. El trámite exigía el visto bueno de la Junta de Facultad, y al saberlo, el más meritorio candidato que en mi Departamento había, don Francisco Diego Santos, el gran estudioso de la Epigrafía Romana de Asturias, retiró dignamente su solicitud, porque se negaba a ser juzgado por personas ignaras en su especialidad. Yo, sin embargo, hube de comparecer ante una Junta, o más bien Asamblea, en la que también se dio entrada a los adversarios de los "instituteros", como ellos decían; gente que, en lugar de afrontar una oposición *como Dios manda*, tal cual habían hecho aquéllos, se habían limitado a calentar asientos a la espera de promociones *departamentales* más que *departamentales*; las que más tarde se llamarían *internas* en una Administración progresivamente corrompida por la fuerza del sindicalismo. Tras un arduo debate, y gracias también a la ayuda del rector, el asunto llegó a buen fin para los interesados.

En 1983 se me anunció la llegada de mis mellizos, circunstancia que yo aproveché para quitarme de encima la dirección del

Departamento, de la que ya estaba un tanto cansado por episodios como el anteriormente narrado. Además, quería recuperar tiempo para mi trabajo personal y -por decirlo todo- porque quería evitarme el desagradable trance de tener que llamar la atención a algún colega que no cumplía satisfactoriamente. Logrado el permiso correspondiente, me sustituyó en el cargo, pese a que sólo era Profesor Titular, mi entrañable amigo y colaborador Francisco Pejenaute, al que pocos años después tuve la satisfacción de ver hecho catedrático y con sobrados méritos.

Sin embargo, aún me quedaba otro toro que lidiar en Oviedo. En torno a 1980 comenzó a obtener resonancia en el Principado la reivindicación del *bable* como lengua propia de la Comunidad, como “llingua asturiana”. Eran una pandilla de jóvenes un tanto bárbaros -pues *bable* viene de *barbare loqui*, según el maestro Juan Gil- que pronto se autonombraron académicos de una “Academia de la Llingua Asturiana”. Alarcos había sido pionero en el estudio de *los bables*, pues un *bable* unitario no existía, como suele ocurrir con todos los dialectos, hablas cambiantes de valle a valle, según ya había explicado Saussure. En aquella tarea lo secundaron discípulos leales, como el benemérito Jesús Neira y Josefina Martínez, mujer de muchos redaños y más tarde esposa de Alarcos. También tuvo discípulos, pero no leales, entre los que se contaban algunos de los académicos pedáneos antes aludidos. Como Alarcos se negó a sumarse a su iniciativa de convertir el *bable* en “llingua asturiana” y a la manipulación política que la misma representaba, se convirtió en *la bestia negra* de aquellos iluminados, que padecían, según creo recordar que decía Gustavo Bueno, “el síndrome de Astérix”; pues, además, en una estancia en Asturias, el desdichado fraile Xirinachs, había calificado a aquella región, cuna de la Nación Española, como “la séptima nación celta”.

El caso es que se desencadenó una zafia y brutal campaña contra Alarcos. Los *bablistas*, a raíz de su jubilación, publicaron un manifiesto en el que pedían que se le denegara el nombramiento de Profesor Emérito, por su condición de enemigo de

Asturias y de los asturianos. Entonces yo publiqué en la prensa local una carta en la que dejaba claro que Alarcos, acostumbrado a mayores distinciones, no era el que resultaría honrado por su nombramiento como Emérito de la Universidad de Oviedo, sino la Universidad de Oviedo la que se vería honrada por conservarlo en su claustro. De paso añadía, con referencia a aquellos “ayatollahs” que reclamaban la “normalización” de su “llingua” que quienes tenían que normalizarse eran ellos, reconociendo la realidad lingüística de Asturias.

Pero las provocaciones y agresiones fueron a más. Así un doctorando de Alarcos tuvo la avilantez de presentarle como trabajo ya terminado una tesis escrita de cabo a rabo en bable. Alarcos no se amilanó ante la provocación: le dijo que él no patrocinaría semejante tesis y que se buscara otro director. Aquel individuo, de cuyo nombre no quiero acordarme, ya ostentaba por entonces su título de “académicu”, y creo que luego se ha abierto camino por la senda de Astérix.

La cosa se volvió más grave cuando aparecieron por Oviedo unos carteles con la fotografía de Alarcos enmarcada en una diana de tiro al blanco. Había otros similares con la fotografía de Jesús Evaristo Casariego, el hidalgo carlista de Tineo, que se había pronunciado también en términos contrarios a la horda bablista.

El asunto culminó, según mis recuerdos, en unas conferencias sobre la Lengua Española, organizadas por la Universidad con el asesoramiento de Emilio Alarcos, que en aquella ocasión quiso llevar a Oviedo a una variada serie de lingüistas que gozaban de su estima. Sólo guardo clara memoria de la *tangana* que los bablistas montaron a raíz de la conferencia del Prof. Eugenio Coseriu, rumano de origen, al que sus años de magisterio en Uruguay habían convertido en un verdadero *hispano*. El caso es que los chicos del bable, previamente organizados, habían tomado posiciones en las primeras filas del Paraninfo de la Universidad, en el que la conferencia iba a celebrarse. Cuando el Prof. Coseriu empezaba a hablar, aquella chusma prorrumpió en un estentóreo griterío, en el que no faltó algún que otro “¡muera España!”.

Al ver que aquellos fanáticos intentaban asaltar el propio estrado del Paraninfo, unos cuantos profesores y amigos afines les plantamos cara, y físicamente. En la reyerta yo recibí una buena coza de aquella gente; pero a la vez me animaba el ver el coraje *riojano* con que a mi lado Gustavo Bueno repelía a aquellos bárbaros. Recuerdo que a un zarrapastroso que llegó a agarrarlo por las solapas, le dijo: “¡Quita allá, que me pegas el sida!”. En fin, Coseriu pudo dar su conferencia, y al final dijo: “Nada me entristece más que oír en Asturias el grito de ‘muera España’, que aquí nació”.

La cuestión no paró ahí. En una Junta de Facultad un profesor, todavía PNN, sostuvo la necesidad de establecer una licenciatura de “Filología Asturiana”. Yo le respondí que toda filología se basa en textos, en una literatura; y que los textos existentes en “asturianu”, obra de algún que otro canónico medianamente ilustrado o de algún erudito pueblerino, no formaban un *corpus* presentable a ese respecto. Mi joven colega, y a la postre buen amigo, me objetó: “José Luis, mal tratas tú a la tierra que te ha acogido”. A lo que yo le respondí: “Mira, fulano, a mí en España nadie me acoge, porque toda España es mi tierra y mi patria”. Y creo recordar que la cosa no fue a más.

En fin, yo había abrigado siempre el deseo de volver a Madrid, donde me había formado y había ejercido como joven profesor; y los incidentes con los bablistas fueron un motivo más para poner tierra por medio, pese a que en mi Facultad me encontraba a gusto y ya rodeado de un corro de excelentes alumnos. Sin embargo, no tardé en comprobar que mis amigos de la Complutense no tenían el menor interés en recuperarme; antes bien, cuando allí alguna cátedra quedaba vacante, la desdotaban para convertirla en *calderilla* de ayudantías con que premiar a sus adictos; así que renuncié a volver a aquella universidad que había sido la mía. Entretanto, surgió la posibilidad de una cátedra recién dotada en Santiago, mi ciudad natal, donde mi padre había enseñado Latín durante 40 años. Sin embargo, el Concurso de traslado se complicó por la intervención, torticeramente gestada, de un ilustre maestro de nuestro gremio, que logró impo-

ner en primera instancia a una discípula suya. Mi mejor derecho era manifiesto según la Ley, pero aún pasaron años antes de que se me reconociera, cuando el Ministerio, tras informe del Consejo de Estado, ordenó al tribunal que volviera a reunirse, con la advertencia de que yo era el único candidato elegible. Al presidente, gran fautor del desafuero cometido ya se lo había llevado la muerte. Así, tras varios años de frustraciones, obtuve la ansiada cátedra. Sin embargo, en esos años habían cambiado no poco mis sentimientos y los de mi familia, por lo que opté por decirle a la Universidad de Santiago, algunos de cuyos exponentes habían hecho turbias maniobras para evitar que yo ganara aquella cátedra, que no pensaba tomar posesión de ella.

Entretanto surgió una nueva perspectiva: la de la cátedra que acababa de convocarse en la Universidad de Alcalá, que salió a concurso oposición, no a concurso de traslado, sistema con el que la rampante endogamia prácticamente había terminado. Así pues, al cabo de quince años, hube de prepararme para una nueva oposición como si, por así decirlo, *viniera de la calle*. A ello dediqué el verano y el otoño de 1990, y en la primavera de 1991 obtuve la cátedra de Alcalá. Acabado el curso, el 15 de julio de ese año mi familia y yo abandonamos Oviedo, mientras todavía el fiel Santiago Recio embalaba en mi despacho parte de los libros que la mudanza debía traerse con nosotros. Al pasar los puertos, hice una pequeña parada para mirar atrás y despedirme de la entrañable Asturias que dejaba; pero conmigo iba el recuerdo de tantos buenos colegas y alumnos, y sobre todo el del mejor amigo que allí tuve, el Prof. Emilio Alarcos Llorach.